

P. Mauro-Giuseppe Lepori OCist

Autoridad y libertad

Proponer un camino de conversación

Para comprender lo que significa ejercer la responsabilidad en la Iglesia y en el ámbito monástico sin abusar del poder y de la conciencia, es más útil profundizar en el tema positivamente que negativamente, también para comprender que si hay abusos en nuestros superiores o comunidades, la solución es más la conversión que la corrección. A menudo intentamos corregir actitudes equivocadas sin identificar qué conversión es necesaria para que una persona, una comunidad o una situación se corrijan. En cambio, Cristo vino a corregir a la humanidad proponiendo un camino de conversión, y un camino de conversión al seguimiento de Él.

Es importante comprenderlo. Creo que todos experimentamos, en cualquier nivel del compromiso pastoral que se nos confíe, que cualquier intento de corregir sin proponer un camino de conversión queda estéril, no da fruto, no cambia nada, empeora la situación. La tentación de querer corregir sin proponer un camino de conversión contradice un principio para mí fundamental expresado por el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*: que es más importante iniciar procesos de vida que conquistar espacios de poder.

Leamos este fragmento de *Evangelii Gaudium*: “Uno de los pecados que a veces se advierten en la actividad sociopolítica consiste en privilegiar los espacios de poder en lugar de los tiempos de los procesos. Darle prioridad al espacio lleva a enloquecerse para tener todo resuelto en el presente, para intentar tomar posesión de todos los espacios de poder y autoafirmación. Es cristalizar los procesos y pretender detenerlos. Darle prioridad al tiempo es ocuparse *de iniciar procesos más que de poseer espacios*. El tiempo rige los espacios, los ilumina y los transforma en eslabones de una cadena en constante crecimiento, sin caminos de retorno. Se trata de privilegiar las acciones que generan dinamos nuevos en la sociedad e involucran a otras personas y grupos que las desarrollarán, hasta que fructifiquen en importantes acontecimientos históricos. Nada de ansiedad, pero sí convicciones claras y tenacidad”. (EG 223)

Cuando analizo situaciones de abuso de poder y de conciencia que llegan a un punto extremo de crisis, como el estallido de un absceso, no me cuesta reconocer a nivel de una persona o comunidad concreta lo que el Papa describe aquí para el conjunto de la sociedad. Muchas veces sucede que incluso en los monasterios, “para intentar tomar posesión de todos los espacios de poder y autoafirmación”, ciertas personas se oponen a favorecer procesos que generen pacientemente vida comunitaria, incluso en el ámbito económico, pero que sean necesariamente procesos de comunión, de servicio mutuo, de humilde afirmación del otro más que de uno mismo.

Un peligro ya previsto en el Evangelio

Pero mucho antes que el Papa, toda la tradición monástica nos habla de esto, la Regla de San Benito nos habla de esto, y ante todo, Jesús mismo nos habla de esto en el Evangelio.

Es interesante observar que Jesús, al hablar de la autoridad y del poder en la comunidad cristiana, advierte inmediatamente contra el peligro de abusar de ellos: “Por eso, estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre. ¿Quién es el criado fiel y prudente, a quien el señor encarga de dar a la servidumbre la comida a sus horas? Bienaventurado ese criado, si el señor, al llegar, lo encuentra portándose así. En verdad os digo que le confiará la administración de todos sus bienes. Pero si dijere aquel mal siervo para sus adentros: “Mi señor tarda en llegar”, y empieza a pegar a sus compañeros, y a comer y a beber con los borrachos, el día y la hora que menos se lo espera, llegará el amo y lo castigará con rigor y le hará compartir la suerte de los hipócritas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes”. (Mt 24,44-51)

Alimentar y guiar

El primer aspecto que hace dramática cualquier responsabilidad en la Iglesia, a todos los niveles, es el marco escatológico en el que se confía y se exige. Jesús nos pide que la vivamos dentro de la vigilancia por la venida del Hijo del Hombre. Quien recibe el poder en la Iglesia no está invitado a pensar ante todo en el *espacio* donde éste debe realizarse, sino en el *tiempo* determinado por la imprevisible inminencia de la venida de Cristo. La autoridad ha de vivirse “manteniéndose a punto” para acoger al Hijo del Hombre que viene a traer la plenitud al universo y a la historia. Este “estar preparados” es una atención muy densa, que no se limita a mirar a las nubes en espera de Cristo, como hicieron instintivamente los apóstoles después de su ascensión: “Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que ha sido tomado de entre vosotros y llevado al cielo, volverá como lo habéis visto marcharse al cielo.” (Hch 1,11).

En la parábola que acabamos de leer, Jesús dice explícitamente lo que hay que mirar en lugar de las nubes: “¿Quién es el criado fiel y prudente, a quien el señor encarga de dar a la servidumbre la comida a sus horas? Bienaventurado ese criado, si el señor, al llegar, lo encuentra portándose así.” (Mt 24,45-46).

El siervo es puesto a cargo de sus compañeros de servicio para dar “la comida a sus horas”.

Esta imagen nos puede parecer un poco terrenal, sin embargo, incluso al primero de los apóstoles, Pedro, esto es la máxima autoridad de la Iglesia, en el momento culminante de su vocación, no le fue confiado por Jesús otra tarea sino esta:

“Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis corderos». Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Él le dice: «Pastorea mis

ovejas». Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas.» (Jn 21,15-17).

Jesús acaba de dar de comer a los discípulos: “Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro...”. Una comida de pescado, preparada por el mismo Jesús y aumentada por los peces traídos por los discípulos, pero pescados gracias al milagro hecho posible por la presencia y el mandato del Resucitado (cfr. Jn 21,1-14). Es en este marco eucarístico donde Jesús pide a Pedro que su amor corresponda al Suo, que dio su vida en la Cruz por él y por todos. Y es en este marco eucarístico donde Jesús encomienda a Pedro y a la Iglesia la misión de pastorear el rebaño. “Pastorear” significa ante todo apacentar, hacer comer a las ovejas, cuidar de que encuentren pastos, lugares donde puedan comer hierba verde y beber agua fresca. Esto es lo que expresa el hermoso Salmo 22:

El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre. (...)
Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa. (Sal 22,1-5)

En los tres “¡Apacienta!” que el Resucitado pide a Simón Pedro, el Evangelio utiliza dos verbos griegos: *boskō* (Jn 21,15.17) y *poimainō* (Jn 21,16). El primero alude a “procurar alimento” al rebaño, el segundo parece referirse más a la tarea global de “apacentar” el rebaño, es decir, guiarlo, custodiarlo, protegerlo, pero siempre también proporcionarle agua y alimento fresco. ¿Por qué, en efecto, pastoreamos un rebaño, lo guiamos, si no es para conducirlo, como dice el Salmo 22, a pastos herbosos y aguas tranquilas?

Toda función pastoral en la Iglesia, toda autoridad dada por Cristo sobre las ovejas y el rebaño, contiene siempre la tarea esencial de alimentar a los corderos, a las ovejas, al rebaño, para que vivan, para que crezcan, para que sean fecundos y lleguen a ser capaces, a su vez, de apacentar a otras ovejas, de alimentar y guiar a otros rebaños. La función esencial del pastor (sea hombre o mujer) es alimentar a las ovejas para que tengan vida.

Jesús lo dice y lo repite en el capítulo 10 de Juan: “ Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas” (Juan 10,11). ¿Cómo la da? Haciéndose Pan vivo, dando su Cuerpo y derramando su Sangre como alimento y bebida de vida eterna (cf. Jn 6).

El Pan es la Palabra de Dios

Este don sacramental de Cristo no es mero pan, no es mero vino. Es la Palabra de Dios hecha carne (Jn 1,14). De hecho, como Jesús mismo recuerda al diablo para oponerse a su tentación “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4). En la fuente de esta palabra en el Deuteronomio, Moisés explica que incluso el don del maná, el alimento físico que Dios da al pueblo, es para llevarnos a alimentarnos de la palabra de Dios:

“Él te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con el maná, que tú no conocías ni conocieron tus padres, para hacerte reconocer que no solo de pan vive el hombre, sino que vive de todo cuanto sale de la boca de Dios”. (Dt 8,3)

El pan de la Palabra de Dios alimenta y guía al pueblo, y sólo poniéndose al servicio de la escucha de la Palabra de Dios, de la Palabra de Dios que es Cristo, del Evangelio, el pastor pastorea verdaderamente a las ovejas, las alimenta, las guía, las protege, las libera. Por eso, cuando en la comunidad cristiana surgió el descontento por la distribución del alimento material, los apóstoles comprendieron enseguida que lo esencial para ellos era servir el pan de la Palabra: “No nos parece bien descuidar la palabra de Dios para ocuparnos del servicio de las mesas” (Hch 6,2).

Es interesante notar que entonces también para los diáconos, que son instituidos para servir a las mesas, el ministerio que más se acentuará no será este servicio práctico, sino todavía y siempre el de la Palabra de Dios, del anuncio, de la catequesis, del testimonio público. EL ejemplo de San Esteban muestra claramente que los diáconos dan su vida por las ovejas sobre todo a través del anuncio de la Palabra.

No puedo profundizar este tema como merecería. Pero quisiera subrayar que si queremos comprender cómo estamos llamados a la responsabilidad pastoral en nuestras comunidades y en la Orden, a todos los niveles, y si queremos entender cómo evitar o reparar los abusos de poder, es importante centrarse en este aspecto. Si la autoridad en la Iglesia está llamada a pastorear las ovejas, el rebaño, si está llamada a alimentar y guiar a los hermanos y hermanas, no debemos olvidar que este ministerio es para Cristo y para la Iglesia esencialmente un servicio de la Palabra de Dios, de la Palabra que es la única que alimenta verdaderamente el corazón de los hombres y los guía por el buen camino.

Ya he repetido en varias ocasiones la última palabra que me dijo el abad Godefroy de Acey antes de salir de la casa de montaña de Hauterive para la excursión en bicicleta y por la montaña en la que encontró la muerte la tarde del 3 de agosto pasado. Se había reunido conmigo y con otro hermano el día anterior y se iba a quedar con nosotros una semana. Según conté, en el momento de su partida yo estaba pintando una acuarela de un pastor caminando rodeado de una docena de ovejas. Se agachó a mirarla y le dije que algo fallaba en las proporciones entre el pastor y las ovejas. Me dijo, y fue prácticamente la última palabra de su vida: “No, está bien. Pero deberías ponerles orejas a las ovejas”.

Este consejo, desde entonces, no me canso de meditarlo, y entiendo que alude a la tarea esencial que San Benito asigna al abad del monasterio. Lo mencioné recientemente en la homilía de la bendición de la abadesa de Seligenthal:

“San Benito era muy consciente de que el primer servicio de la autoridad es el servicio de la Palabra de Dios que debe ofrecerse constantemente a los hermanos y hermanas como luz de los pasos en el camino que conduce a la vida eterna. De hecho, parece que toda la responsabilidad del superior, aquella por la que será juzgado en la venida de Cristo, es precisamente la de la enseñanza que permite a los hermanos y hermanas escuchar la llamada de la Palabra, la llamada del Esposo a la unión con Él.

Benito escribe en el capítulo 2 de la Regla: «El abad no debe enseñar, establecer o mandar nada que sea ajeno al mandamiento del Señor; antes bien, sus disposiciones y su enseñanza deben caer en las almas de los discípulos como levadura de justicia divina. Recuerde siempre el abad que en el tremendo juicio de Dios se evaluarán ambas cosas: su enseñanza y la obediencia de los discípulos.» (RB 2,4-6)

La obediencia de los discípulos, antes de ser un “hacer” es un “escuchar”, como sugiere la conocida etimología de la palabra obediencia: *ob-audire*. La obediencia es una escucha intensa, que implica toda libertad y decisión, que implica el corazón. Sin ella, difícilmente se puede seguir a Cristo con todo el corazón, es decir, no sólo exteriormente, aparentemente, sino realmente, con todo el ser. El escuchar de los discípulos debe ser, por tanto, la preocupación primordial de quienes los dirigen”. (Bendición de Madre Christiane, Seligenthal, 19.08.2023)

El ámbito de la autoridad es la libertad

Ser conscientes de que San Benito hace al superior o superiora del monasterio responsable ante el juicio final de Dios “de su enseñanza y de la obediencia [es decir, escucha] de sus discípulos” (RB 2,6) es ser conscientes de que el ámbito de la autoridad en la Iglesia, antes de ser la disciplina, el buen funcionamiento y el orden de las personas y de las comunidades, es esencialmente *su libertad atraída por Dios a la amistad con Él*.

Nuestra responsabilidad no es principalmente disciplinaria, es decir, no somos en primer lugar responsables de lo que hacen o no hacen nuestros hermanos o hermanas. San Benito se preocupaba más de que las ovejas del rebaño tuvieran oídos para escuchar la voz del Señor, y ésta es la responsabilidad que todo pastor de comunidad debe tener, una responsabilidad que se ejerce ante todo mediante la propia obediencia, la propia escucha de la palabra de Dios, de la voz del Esposo.

Esto significa que no se lucha contra el abuso de poder ante todo con protocolos de comportamiento para evitar errores y actitudes equivocadas. Por supuesto, éstos también son necesarios, pero son como diques que tienen sentido y sirven para algo si el río fluye. Si el río está seco, los diques son inútiles.

San Benito también advierte al abad contra posibles derivas en el ejercicio de su autoridad, por ejemplo, preferencias de personas (RB 2,16ss), o preocuparse más por las cosas “transitorias, terrenas y caducas” que por las almas (RB 2,33). O una tendencia al perfeccionismo que lleva a rascar tanto óxido que la olla se rompe (RB 64,12). O los celos hacia sus colaboradores (RB 65,22). No pedir consejo a la comunidad o a los ancianos es también un abuso en el que puede caer el abad (RB

3,13). No corregir a los hermanos viciosos por cobardía también puede ser un abuso grave, un abuso de omisión en el ejercicio de la autoridad que se nos ha confiado (RB 2, 26). Hay muchos ejemplos en la Regla de cómo un superior o el responsable de un área de la vida comunitaria puede caer en el abuso de su responsabilidad.

Pero la gran y permanente preocupación de San Benito es que el abad edifique la escucha de los hermanos con una enseñanza de sabiduría extraída de la Palabra de Dios y de la Iglesia. La enseñanza que transmite verdaderamente la Palabra de Dios, que transmite verdaderamente a Cristo, Palabra de vida, libera el corazón y el alma de las personas porque no las atrae hacia sí, hacia los que enseñan, hacia los que gobiernan, sino hacia el Señor que llama a cada uno a seguirle, que atrae a cada uno a la amistad con él.

Cuando se descuida este compromiso, y por desgracia veo que a menudo se descuida, entonces todo lo que un superior exige, demanda, aconseja, decide, permite o prohíbe, todo puede volverse abusivo, porque es como si no se dirigiera a la libertad de las personas; no tanto a la libertad de elegir, sino a la libertad que Dios atrae hacia sí con amor y como amor. Si no se aborda esta libertad, si no se aborda el corazón hecho para Dios, se acaba abordando sólo la voluntad de aceptar o negarse a entrar en un esquema.

En otras palabras: quien no transmite la voz del Esposo que llama y atrae los corazones a la unión con Él y en Él, propone invariablemente una moral, unas reglas de comportamiento, no una vida, la vida para la que hemos sido creados por el Padre y llamados por el Hijo en el don del Espíritu.

Una autoridad humilde y pobre

Vivir la autoridad de este modo requiere pobreza más que capacidad, requiere humildad. Sobre todo una pobreza ante Dios, la pobreza humilde de escuchar primero, de tener primero hambre y sed de la Palabra de Dios más que de cualquier otra cosa. La pobreza de renunciar en primer lugar nosotros a otras cosas, a otras satisfacciones, que no sean Cristo mismo, el Esposo que viene.

El siervo infiel de la parábola que he citado al principio es condenado porque, además de maltratar a sus compañeros, se alimenta y se emborracha de aquello que debería haber dado a sus hermanos y no quiere que su señor vuelva. “Pero si dijere aquel mal siervo para sus adentros: «Mi señor tarda en llegar», y empieza a pegar a sus compañeros, y a comer y a beber con los borrachos, el día y la hora que menos se lo espera, llegará el amo y lo castigará con rigor y le hará compartir la suerte de los hipócritas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.” (Mt 24,48-51)

Jesús le llama “hipócrita”. En su caso, la hipocresía consiste en explotar en provecho propio una tarea que el maestro le ha confiado para el bien de los demás. Abusa del poder buscando su propio interés en lugar de ejercerlo en interés del prójimo y del propio amo. Se come la comida que debería repartir. Toma para sí lo que tendría que dar si fuera obediente y fiel: ¿Quién es el criado fiel y prudente, a quien el señor encarga de dar a la servidumbre la comida a sus horas?” (Mt 24,45).

Dios nos confía una autoridad, un poder, para dar de comer a nuestros hermanos y hermanas a su debido tiempo, para transmitir a los demás el alimento que necesitan según los tiempos y las circunstancias de la vida. No hacerlo por interés propio es un abuso hipócrita de la responsabilidad recibida.

La autoridad, la responsabilidad, más que una función es un carisma. Dios nos da los talentos y dones necesarios para el bien y el crecimiento de nuestros hermanos, hermanas. Es un don del amor de Cristo, un don del Buen Pastor, un don que, cuando nos falta, debemos pedir con certeza para recibirlo, porque Dios nunca nos niega lo que es necesario para el bien de los demás. El Espíritu nunca niega a los pastores los dones necesarios para el crecimiento y el camino de las ovejas.

A menudo, cuando recuerdo a los superiores su tarea de enseñar para que sus hermanos o hermanas “tengan oídos” para escuchar al Señor y seguirle con amor, y por lo tanto para vivir nuestra vocación con amor y alegría, me dicen que no son capaces, que se sienten vacíos, áridos, que no tienen ideas. Es una respuesta que delata un enfoque y una comprensión falsos de la autoridad.

De hecho, no estamos llamados a dar lo que viene de nosotros, a transmitir nuestras propias ideas, nuestras propias palabras. Estamos llamados a transmitir la Palabra de Dios. Y esto no es posible sin recibir antes lo que tenemos que dar. No es posible dar sin pedir el don que deberemos transmitir. Y aquí veo a menudo que es a este nivel el verdadero problema de nosotros superiores: no pedimos a Dios su Palabra. En otras palabras: no escuchamos, o, en otras palabras todavía: *no vivemos en el silencio*.

Dar orejas a los pastores

Le contaba a un superior general lo que Dom Godefroy me había dicho sobre las orejas de las ovejas. Me dijo: “¡Muy cierto! Pero no sólo las ovejas necesitan orejas, ¡los pastores también las necesitan!”.

Por supuesto. En efecto: los pastores necesitan especialmente oídos, oídos dirigidos a Dios, a Cristo, pero también a los hermanos; oídos dirigidos a los pobres. Tantos abusos nacen precisamente del hecho de que algunos superiores no escuchan a nadie, sólo se escuchan a sí mismos. No escuchan a Dios en la oración, no escuchan con humildad a los superiores que están por encima de ellos, no escuchan a la comunidad, no escuchan a sus consejeros, etc.

También en la parábola que meditamos hay una frase que nos ayuda a comprender dónde comienza el abuso de poder de los que tienen autoridad. Es allí donde Jesús dice: “Pero si dijere aquel mal siervo para sus adentros [literalmente: *en su corazón*]: «Mi señor tarda en llegar»” (Mt 24,48). Es precisamente aquí donde comienza el abuso: en decirse a uno mismo lo que conviene, lo que parece darnos más poder, más seguridad, en cultivar en el corazón una falsa verdad sobre Cristo y, por tanto, sobre todo y sobre todos, una mentira que no corresponde a la realidad del Reino de Dios. De hecho, el Señor no tarda en llegar, desvela la hipocresía del siervo malvado y le pide cuentas de todo.

Esta frase nos ayuda a comprender que para ejercer nuestra responsabilidad con la verdad, lo más importante es cuidar la verdad en el corazón, en nuestros pensamientos, y por tanto la disponibilidad constante a la conversión del corazón. También en esto los superiores deben ayudarse mutuamente, con amistad fraterna. Quien tiene autoridad no sólo debe velar por el rebaño: primero debe velar por su propio corazón, por lo que su corazón se dice a sí mismo. Hay discursos que hacemos a nuestro corazón que no escuchan la voz de Dios, que escuchan más la voz del tentador, del demonio que siempre viene a halagarnos con la oferta de su poder mundano como si fuera más grande y verdadero que el humilde poder de Cristo crucificado, de Cristo que lava los pies a los discípulos, de Cristo que se pone en medio de los demás como el que sirve, el que ama, el que se sacrifica, el que da fruto cayendo al suelo y perdiendo la vida por nosotros.

Este trabajo de conversión del corazón no es una ascesis intimista, individual: es el “bajo continuo” de un *camino sinodal*, en el que descubrimos que caminar con los demás, escucharnos unos a otros, el compartir, es lo que nos hace crecer en profundidad, lo que nos hace progresar y nos purifica interiormente, haciéndonos instrumentos de comunión. Porque Dios nos ha dado un corazón sediento de comunión, un corazón a imagen del Corazón trino de Dios, en el que ninguna Persona puede decir “yo” sin pensar en “nosotros”.

Pero esto es algo que sólo puedo insinuar, aunque sea fundamental. Gracias a Dios estamos profundizando en ello mientras caminamos juntos con toda la Iglesia en el itinerario sinodal de estos años, que tanto necesitamos todos.